

CUENTO

ENTIERRO DE RIGAUD, «CHAN-
SONNIER» DE MONTMARTRE

(DE LA COLECCIÓN «PÁGINAS PARISINAS»)

Si desea usted presenciar un curioso espectáculo — me dijo M. Rochet, mi patrón, durante la charla de sobremesa — asista hoy al entierro de Rigaud, el último mohicano de la *Butte*.

Yo había conocido a Rigaud, uno de los más populares *chansonniers* de la «colina sagrada», muy querido en Montmartre donde ostentara la más alta representación de la bohemia parisiense, la bohemia ociosa que, fracasada en el Barrio Latino, se refugia en el viejo distrito, viviendo y divirtiéndose de noche.

—¿Dónde se forma el cortejo?— pregunté.

—En la plaza de Clichy; el ataúd será llevado a hombros por los cuatro compañeros del difunto más en boga, entre ellos su compatriota de usted, M. Calixto. Atravesará el entierro los bulevares de Clichy y Rochechouart, para dirigirse por los de Sebastopol y Saint Michel al cementerio de Montparnasse...

Interrumpí extrañado:

—¿Cómo un *montmartrois* tan arraigado a su barrio no recibe sepultura en el silencioso y encantador camposanto que se contempla desde el puente de hierro de la *rue Caulaincourt*, de este puente que lo atraviesa y es como un viaducto que han tendido los vivos sobre la ciudad de los que duermen, y que se halla tan próximo a la morada de Rigaud, al escenario de sus triunfos y de sus pesares?

—Ello se debe a una genialidad del difunto. El terreno donde la tumba se encuentra es regalo de un admirador, demasiado irónico o demasiado filósofo. El propio *chansonnier* eligió el sitio. «No quiero que se me entierre en Montmartre — decía —, el olvido de mis amigos será menos

penoso a mi alma si se encuentra lejos de ellos. Además, deseo que mi cortejo fúnebre atraviese París de extremo a extremo»... He aquí por lo que fué escogido Montparnasse.

—Asistiré al acto—, decidí.

Y, en efecto, una hora después nos encontrábamos mi patrón y yo en la pintoresca *rue Lepic*, una de las calles que con más fuerza se arraigan a las tradiciones del viejo París, la más montmartresa de todas, la más populosa del barrio universal que ha sido la cuna y sigue siendo la sede del *esprit* parisién, quintaesencia del ingenio galo, el distrito que es como el corazón, palpitante siempre, de la dulce e inmortal Francia.

Una muchedumbre abigarrada aguardaba al convoy mortuorio. Mi acompañante, M. Rochet, tomó la palabra para explicarme:

— Todo Montmartre asiste al sepelio. Escritores, políticos de diversos matices, sabios, artistas de renombre que no desdennan cuando llega la ocasión codearse con esa turba vociferante de bohemios, pintores inéditos, cabotines, cocotas, bailarinas y metecos. Vea usted el barrio de día y el de noche.

Los balcones próximos se encontraban repletos de gente;

el portal de la casa mortuoria con su umbral drapeado de paño negro en el que destacaba una *R* bordada sobre el galón de plata era objeto de todas las miradas. Cuando apareció la caja negra, conducida por los cuatro camaradas de Rigaud, se hizo un silencio respetuoso. Inmediatamente, como respondiendo a una señal dada, comenzaron a agitarse sombreros y pañuelos; desde los balcones cayó una lluvia de pétalos blancos, delicada ofrenda de las mujeres del antiguo barrio; las flores caían sobre el féretro como una nevada de copos espléndidos y olorosos. La multitud prorrumpió en aplausos; llenóse toda la calle con los ecos de una ovación estruendosa, la última que había de recibir el difunto, y el cortejo se puso en marcha.

Tras de la caja seguía el coche con su carga de flores y coronas. La presidencia



del duelo estaba integrada por un muchacho joven, sobrino del muerto, algunos bohemios representantes de las *républiques* parisienses y dos mujeres de cierta edad que lloraban desconsoladamente.

—Las «viudas» de Rigaud—explicó mi patrón—; su mujer legítima y su mujer morganática... Batallaron años y años por el cariño del que acaba de morir; ¡de cuántos escándalos pintorescos, de cuántas sabrosas escenas entre las dos mujeres habrán sido testigos estas calles que hoy atraviesan juntas y unidas por un dolor común...!

Luego seguían grupos de artistas jóvenes, cogidos del brazo, entonando *refrains* y canciones originales del muerto. Caballeros graves y respetables caminaban silenciosos entre las mujeres vestidas con llamativas toaletas que conversaban armando un guirigay de mil diablos. Chiquillos de pocos años, Gavroches de nuestros tiempos que nunca faltan a los espectáculos que París ofrece, llegaban atraídos por la curiosidad. Un tipo desmedrado, de cara pálida bajo un chambergo de alas desmesuradas, molestaba continuamente a sus vecinos con un caballete de pintor que conducía al brazo. Dos o tres individuos enlutados marchaban con lentitud arrancando a sus violines las gimientes notas de una sonata melancólica que ponía un matiz de tristeza en el bullicio. A lo lejos se escuchaba el alarido de un cornetín endemoniadamente chillón e impertinente cual una trompeta del Juicio Final. Había gentes de toda laya, de cualquiera condición social, desde el *sieur décoré* con su cinta roja en el ojal de la raída levita hasta el negro que dirigía un «jazz» en este o aquel cabaret de la plaza Pigalle...

Oí un comentario jocoso:

—No ha venido al entierro M. Doumergue. El Presidente de la República desdeña a nuestro hombre. ¡Bien se conoce que Rigaud profesaba las ideas comunistas!...

Poco a poco fuimos recorriendo calles y más calles. Por momentos engrosaba el séquito del cadáver, y el continuo afluir de gente daba al acto caracteres de manifestación, viéndose y deseándose los encargados de velar por el orden para mantener a la multitud dentro de un cauce respetuoso. Al atravesar el histórico puente de Saint Michel, alguien propuso que se rociase el féretro con agua del Sena. Un jovenzuelo se destacó de la muchedumbre con un casco de soldado en la mano, escaló con presteza el pretil y descendió ágil-

mente al río. La aspersión del féretro duró un instante, luego recomenzó el desfile.

En el Barrio Latino dos o tres muchachos silbaron. Quizá reprochaban al *chansonnier* su desmedido amor a Montmartre. Los silbidos se apagaron pronto entre un rumor de indignación; enarboláronse bastones y los imprudentes recibieron una soberana paliza. Pude ver al más viejo de los tres violinistas que destrozaba su instrumento sobre la cabeza de un «protestante». Desde la puerta de la *Grande Chaumière* unas lindas adolescentes arrojaron flores y fueron aclamadas por el gentío. El *Boul' Mich'* rendía acatamiento al bohemio caído. ¡Paz a los muertos!...

Yo me encontraba agotadísimo. Nada fatiga tanto como el paso lento, el andar procesional entre la gritería y el rumor de una multitud en marcha. Por el contrario, M. Rochet, mi amable acompañante, no daba señales de cansancio. Sonreía tristemente.

—Rigaud consignaba en su testamento el deseo de que su entierro tuviera caracteres de fiesta—me dijo—, pero nunca habría soñado esto. Su alma estará, seguramente, henchida de satisfacción...

Llegamos a las callejas de Montparnasse, el barrio trabajador, intelectual y culto, tan distinto del estrepitoso Montmartre. El cortejo se detuvo ante la puerta del pequeño camposanto. Mientras la muchedumbre se agolpaba a la entrada del lugar de paz y reposo, mi patrón me condujo a la parte opuesta. Saltamos por una quiebra de la tapia al recinto sagrado donde muchos espectadores sagaces nos habían precedido conocedores de la situación de la tumba abierta. Tras unos instantes de espera en tanto que se cumplían las formalidades de rigor, vimos llegar al inmenso gentío. El ataúd fué depositado sobre unas andas cubiertas de paño negro, pronunciáronse discursos junto al cadáver, que la fúnebre comitiva escuchó en silencio respetuoso. Luego, los asistentes al acto fueron, uno por uno, manejando el hisopo sobre la caja; dos *croque-morts* hicieron descender el fardo a la fosa, en medio de una emoción general. Y, de pronto, como obedeciendo a un impulso unánime, quizá para impedir que se escuchase el siniestro ruido de las paletadas de tierra sobre las tablas de pino, cien pechos, cien corazones, cien bocas entonaron el himno de las trincheras:

«Madelon, Madelon, Madelon!!!»